



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 18.

JUEVES 30 DE JUNIO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

SAVONAROLA. (*Conclusion*), por Nicolás Castor de Caunedo.—EL ESCLAVO DE ORO, por Francisco de P. Entrala.—MONUMENTOS. MEZQUITA DE SOLIMAN EL MAGNÍFICO.—DELIRIO, por Augusto Jerez Perchet.—IMPRESIONES SOBRE UN PAISAJE DE LA ALPUJARRA: Poesía, por Cecilio Navarro.—EL ÚLTIMO DÍA DEL AÑO: Fantasía, por Fabio de la Rada y Delgado.—CANTARES, por Joaquín Valverde y Durán.—LA DEUDA OLVIDADA: Anécdota contemporánea, por Jaun Eugenio Hartzenbusch.—SEPULCROS ANTIGUOS.—HISTORIA NATURAL: El Savacú.—EPIGRAMA, por F. Reyundo.

SAVONAROLA.

(CONCLUSION.)

Como era de esperar, el recién llegado intentó en vano el hacerse oír, porque la retirada de Savonarola en vez de calmar la fermentación la había aumentado. Hablábale de sus visiones divinas, de sus profecías realizadas, y se anunciaron milagros.

Decíase que el prior de los dominicos había ofrecido bajar con el campeón del papa á las bóvedas de la catedral y resucitar un muerto. Estas noticias en que ninguna parte tenia Savonarola, esparcidas por partidarios demasiado celosos, llegaron á conocimiento de fray Francisco Ponilla; este era el nombre del predicador que había venido de Roma. Fray Francisco era de un carácter semejante á su contrario y tan solo tenia la desventaja de defender una mala causa. Además ardiente, fanático, dispuesto á morir por ella si su muerte podía hacerla triunfar, respondió á aquellos vagos rumores con un formal desafío: propuso entrar con el prior de los dominicos en una hoguera, «y allí, decía, á la vista del pueblo, Dios dará á conocer á su elegido.»

Era tanto mas estraña esta proposición de su parte cuanto que no creía en un milagro; pero esperaba decidir á Savonarola é intentar la prueba, y al morir arrastrar consigo al tentador, que tantas almas precipitaba con la suya en el infierno.

Por exaltado que fuese Savonarola, no es-

peraba que Dios hiciera un milagro en su favor.

Además, no habiendo jamás propuesto el primer desafío, no se creía de modo alguno obligado á aceptar el segundo. Pero entonces un suceso estraño vino á probar hasta qué punto había escitado el fanatismo de sus discípulos. Fray Domingo Bombicini, mas confiado que él en la intervención del cielo, hizo responder que estaba pronto á hacer frente á fray Francisco de la Ponilla y aceptar la prueba del fuego. Desgraciadamente este sacrificio, no era lo que se proponía fray Francisco; éste quería deshacerse del maestro y no del discípulo, y si moría quería al menos que su muerte tuviese todo el brillo que podía darle un ilustre antagonista con el que únicamente se proponía luchar.

Pero Florencia parecia atacada de un vértigo. A falta de Ponilla, dos frailes franciscanos, llamado el uno fray Nicolás de Pilli y el otro fray Andrés Rondinelli, declararon estaban dispuestos á hacer frente por fray Francisco Ponilla, y aceptar la prueba del fuego con fray Domingo.

En el mismo día en que se aceptó el desafío mortal, se extendió la noticia de él por toda la ciudad. Quisieron los magistrados impedir el escándalo: era demasiado tarde. Contaba el pueblo con un espectáculo inesperado, inaudito, terrible y no había medio de privarle de él sin esponer á la ciudad á una conmoción.

Viéronse, pues, en la necesidad de ceder, y consintieron en aquel estraño duelo entre fray Domingo Bombicini y fray Andrés Rondinelli, que habiendo probado ser el primero en fecha, obtuvo la preferencia sobre fray Nicolás de Pilli.

Diez ciudadanos elegidos á pluralidad de votos fueron encargados de redactar las condiciones de la lucha. Señalóse el 7 de abril de 1498, y la plaza de la Señoría para palenque. Tan luego fue conocida esta resolución: se agolpó la muchedumbre á la plaza, aunque todavía faltaban cinco días para llegar al de-

signado, y los jueces comprendieron que no habría medio de hacer los preparativos necesarios, si no se ocupaba con soldados el lugar del combate y las calles adyacentes. Con esta precaución, tomada durante la noche, la plaza se encontró á la mañana siguiente vacía, y pudieron comenzarse los trabajos. Se separó desde luego por medio de una valla la Loggia dei Lanzi en dos partes, reservada la una al padre Rondinelli y á sus franciscanos y la otra á fray Domingo y los discípulos del Savonarola: despues se levantó un tablado de madera de cinco pies de alto por diez de ancho y ochenta de largo. Aquel tablado fue guarnecido todo de mimbres y de haces de leña de la mas seca que pudo encontrarse. En medio de la hoguera se hicieron dos corredores de la longitud del tablado, separados uno de otro con tablas de pino, que terminaban por un lado sobre la Loggia dei Lanzi, y por el otro en el extremo opuesto. Todo debía hacerse á la luz del día, á fin de que cada cual pudiese ver á los campeones entrar y salir: no había, pues, medio de retroceder ni de organizar un falso milagro.

Llegado el día, los franciscanos se presentaron en su puesto sin ninguna demostración aparente. Savonarola, al contrario, anunció una misa mayor á la que rogó á todos sus prosélitos que asistiesen: despues, terminada la misa se adelantó á la puerta con el Sacramento en la mano, y se dirigió á la plaza de la Señoría. Fray Domingo de Persia le seguía con todas las muestras de una ardiente fé llevando en la mano un crucifijo que besaba sonriendo. Todos los religiosos dominicos del convento de San Marcos, marchaban detrás participando visiblemente de su confianza y cantando himnos sagrados. En fin, detrás de la comunidad iban los mas distinguidos ciudadanos de su partido con hachas en las manos, porque seguros como estaban del triunfo de su santa empresa, querían por sí mismos prender fuego á la hoguera.

La plaza se hallaba de tal modo atestada de

gente, que la muchedumbre se extendía á todas las calles. Las puertas y las ventanas parecían tener paredes de cabezas; los terrados de las casas circunvecinas estaban llenos de espectadores: había curiosos hasta sobre las torres del Bargello, hasta el techo de la catedral y en la cúpula del campanillo.

Sin duda la seguridad de fray Domingo comenzó á inspirar temores á los franciscanos, porque cuando se les avisó que estaba dispuesto, declararon que habían sabido que fray Domingo se ocupaba de magia, y gracias á este arte, confeccionaba hechizos y talismanes. En consecuencia, pedían que su adversario fuese despojado de su hábito, reconocido por peritos y vestido con nuevos hábitos, lo que se hacía todo por los jueces. Fray Domingo no opuso resistencia; desnudóse por sí mismo, entregó el hábito á la investigación de los médicos, púsose otro nuevo que le trajeron é hizo avisar segunda vez al franciscano para ver si estaba pronto. Entonces fray Andrés Rondinelli se vió obligado á salir del lugar donde estaba; pero como viese que su contrario se preparaba á atravesar las llamas, llevando en las manos el Santísimo Sacramento que Savonarola le había entregado, exclamó que era una profanación exponer á ser quemado el cuerpo del Señor: además, que si se verificaba un milagro, nada tendría de extraño, porque no sería al padre Bombicini sino al hijo predilecto del mismo Dios al que respetarían las llamas.

En consecuencia declaró, que si el dominico no renunciaba á aquel auxilio sobrenatural, él renunciaba á la prueba. Por su parte, Savonarola, á quien por la primera vez ocurrió la duda, y esto porque se trataba de otro y no de él, declaró que la prueba no se haría sino con aquella condición. Los franciscanos no quisieron ceder; Savonarola insistió firmemente en su propósito, y en estas contestaciones transcurrieron cuatro horas, durante las que el pueblo espuesto á un sol ardiente comenzó á murmurar tan alto y con tal impaciencia, que Domingo Bombicini declaró, que para terminar cuanto antes estaba resuelto á intentar la prueba con un simple crucifijo. No había ya medio de retroceder no siendo el crucifijo mas que la imagen y no la presencia real de Dios. El padre Rondinelli se vió obligado á someterse y se anunció al pueblo que iba á comenzar la prueba.

En el instante, olvidando aquel sus fatigas y su cansancio comenzó á dar palmadas, como en un teatro. Mas por una extraña casualidad estalló en el momento una terrible tempestad.

Hacia largo tiempo se estaba preparando sobre Florencia sin que ninguno hubiese observado lo que pasaba en el cielo: tan fijos y atentos tenían los ojos en la tierra. Cayeron tales torrentes de lluvia, que el fuego que empezaba á cebarse en la leña, se apagó en el instante, sin que fuera posible volverlo á reanimar, aunque echaron allí todas las antorchas que pudieron procurarse y aunque trajeron fuego y tizones encendidos de todas las casas inmediatas. Entonces la muchedumbre se creyó burlada, y como unos gritaban que el no haberse verificado el espectáculo era culpa de los franciscanos en tanto que otros lo atribuían á los discípulos de Savonarola, el pueblo hizo caer su desagrado sobre los dos campeones y empezó á silbar y á burlarse de ambos.

A los gritos que oyó dar y á las demostraciones hostiles que vió hacer, la Señoría dió orden á la multitud que se retirase; pero apesar que la lluvia continuaba cayendo á torrentes, nadie obedeció. Fue preciso, pues al fin, á los adversarios atravesar la multitud.

Esto era lo que aguardaba el pueblo. El padre Rondinelli fue seguido, apedreado y silbado, y entró en su convento con los hábitos hechos girones y magullado.

Savonarola volvió como había venido, con el Sacramento en la mano, y merced á esta santa salvaguardia, llegaron él y los suyos sin accidente á San Marcos.

Empero desde aquel día se había destruido el prestigio de Savonarola, y no fue ya para el

pueblo mas que un fraile fanático y un falso profeta. Fray Francisco de Ponilla, este enviado de Alejandro del que había salido la primera proposición y que retrocediera cuando había visto á los franciscanos y á los dominicos comprometerse, aprovechó hábilmente aquel desengaño para animar contra Savonarola cuantos enemigos tenía en Florencia. Estos eran desde luego todos aquellos que mantenían una escomunion como valedera cualquiera que fuese la moralidad del papa que la hubiese lanzado; eran despues todos los partidarios de los Médicis que creían que únicamente la influencia de Savonarola se oponía á su regreso y que tenían tanto ardor en sus opiniones políticas, que se los llamaba los *arrabiati*, esto es, los rabiosos.

Así, al día siguiente, que era Domingo de Ramos, cuando Savonarola subió al púlpito á explicar su conducta del día anterior, los gritos de *fuera el hereje, fuera el falso profeta, fuera el escomulgado*, se oyeron de todas partes renovados con tal encarnizamiento, que Savonarola, cuya voz era débil, no pudo dominar el tumulto.

Entonces, viendo que había perdido toda su influencia con aquel pueblo que la víspera todavía escuchaba sus palabras de rodillas, se cubrió la cabeza con la capucha y se retiró á la sacristía: despues salió sin ser visto y pudo llegar á su convento. Pero aquel retiro no desarmó á los enemigos de Savonarola, que resolvieron perseguirle allí. Los gritos de *San Martín*, resonaron por todas partes, y amotinaron á todos los que escitaban el interés ó la venganza. El núcleo de la insurrección se engrosó á cada paso y en breve la muchedumbre fué á batir los muros de San Marcos como una marea de carne. Las puertas fueron derribadas y las olas populares inundaron la morada de los dominicos.

Conociendo que era él contra quien se dirigían, Savonarola abrió su celda y se dejó ver en la puerta. Hubo entonces un instante de vacilación entre aquellos hombres, habituados á temblar delante del que llamaban santo, pero los *arrabiati* se arrojaron sobre él gritando: *¡á la hoguera el hereje! ¡á la hoguera el falso profeta!* é hicieron salir al desdichado para llevarlo directamente al suplicio: con gran pena y trabajo, dos magistrados, seguidos de alguna tropa, reunido apresuradamente á la noticia de aquella insurrección, consiguieron arrancarle de las manos del populacho prometiendo que se haría justicia y que no perdería nada en esperar.

En efecto, el 25 de mayo, es decir, cuarenta y dos días despues de la prueba que había salido tan mal, se levantaba una segunda hoguera en la plaza de la Señoría. Un poste salía del medio de aquella pira y á él estaban amarrados tres hombres: estos eran fray Gerónimo Savonarola, fray Domingo Bombicini y Silvestre Maruffi.

Así el pueblo á quien se había cumplido la promesa con creces, se mostraba satisfecho. Savonarola espiró como había vivido, con los ojos fijos en el cielo y tan desprendido de la tierra, que el dolor no le hizo dar ni un solo grito. Ya las víctimas se hallaban envueltas en las llamas y todavía se oía el himno santo que cantaban en coro que anticipadamente iba por ellos á llamar á la puerta del cielo.

Así es como se verificó la última predicción de Savonarola. Apenas murió cuando el recuerdo de toda su vida y el espectáculo de sus momentos postreros, tan en armonía con aquel recuerdo, hicieron abrir los ojos á los mas obcecados: los que tenían realmente interés en perseguir su memoria, como habían calumniado su vida, continuaron maldiciendo su nombre.

Pero aquel pueblo que había encontrado en el dominico siempre un consolador y un amigo, sintió bien pronto su falta. Buscando en derredor de sí sobre la tierra y no hallando nada, esperó buscarlo en el cielo.

El día del primer aniversario de su muerte, la plaza donde se había levantado su hoguera,

apareció cubierta de flores. No pudo saberse qué mano amiga había consagrado aquel sencillez y poético recuerdo sobre la tumba del mártir; cada cual dijo que habían sido los ángeles que habían bajado á celebrar su fiesta. Todos los años se acrecentó aquel cariñoso tributo, pero como quedó siempre ilusoria la investigación de su procedencia, resolvió Cosme I de Médicis darle fin.

Por poderoso que fuese, no osó combatir de frente con las simpatías populares, ordenó únicamente al Ammanato edificase una fuente en aquel lugar, que es la que se ve hoy.

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

EL ESCLAVO DE ORO.

I.

Allá en América, y al Norte de la risueña isla de Borinquen, existe un pueblo cuyos agrestes bosques halláanse impregnados de perfumes.

Las auras balsámicas y puras de aquellos espléndidos parajes, mezclan su blando y suavísimo arrullo con el eterno gemido de las olas del mar que lamen la orilla; y aquel gemido piérdese en los confines de la isla, como las últimas notas de una trova de amores dedicada á aquellas soledades sombrías por la voz de la naturaleza.

Sus lagos azules y transparentes retratan en sus aguas cristalinas la diafanidad del cielo que los cubija; el pomposo ramaje de las gigantes plantaciones que se inclinan hasta besar sus espumas; el nevado plumaje del cisne que pasea tranquilamente sobre ellos; las indecisas ráfagas de luz que bordan el horizonte á la caída de la tarde; los resplandores del sol al levantarse de su lecho de nubes; el primer rayo de la luna y la incierta figura de los esclavos que acuden á buscar en sus orillas un instante de reposo á sus continuos trabajos.

Entre las verdes y corpulentas arboledas del pueblo á que nos referimos, destacábase no há muchos años una casa blanca como una paloma, en la que habitaba el mas poderoso criollo de aquellos países, con su única hija que llevaba por nombre Ludovina.

Ludovina, que apenas contaba diez y ocho años, era el tipo de las hijas de América.

Sus ojos negros y rasgados, en los que brillaba ya una mirada lánguida y amorosa, ya chispeante y altanera; sus cabellos abundantes y ondulados; sus formas que modeladas por un cutis terso, fino y delicado, aunque algun tanto moreno, eran redondas, turgentes y suaves; su talle flexible y esbelto como las palmeras que rodeaban la casa de su padre, y por último, su alma, tan ardiente como el clima en que vivía, tan poética como los parajes en que volaba, y tan bella como bello era el rostro de la preciosa criolla, hacíanla el encanto de la comarca.

Mas de una vez había pedido á su padre por la libertad de sus esclavos.

Mas de una vez tambien Ludovina había exhalado un suspiro, y una lágrima de fuego habíase desprendido de sus ojos.

A la caída de la tarde bajaba á la selva mas inmediata, y dejaba que su vista vagase por aquella inmensidad sombría donde el corazón se siente oprimido bajo el peso de una melancolía dulcísima.

Nadie escuchaba sus quejas ni investigaba la causa de aquellos suspiros que iban á confundirse con las misteriosas emanaciones del bosque.

Y sin embargo sufría, y sufría mucho.

Ludovina por último, montaba en un brioso corcel á cuyas pisadas parecía estremecerse la tierra y se alejaba del bosque custodiada por un esclavo.

Y este esclavo se llamaba Beltran.

Beltran no era el tipo del indígena.

Sus facciones participaban de una hermosura que bien pudiéramos llamarla *salvaje*.

No eran sus labios abultados ni remangada y ancha su nariz, ni deprimida su frente, ni salientes los pómulos de su cara; sus labios por el contrario, eran finos y encarnados, correcta su nariz, alta su frente y su cabellera áspera, pero rizada y brillante; eran además grandes sus ojos, esbelta su cintura, y el color de su piel negro y terso como la pulimentada superficie del ébano.

Ludovina, en vez de clavar la afilada espuela en los hijares del caballo para acelerar su carrera, lo refrenaba cuanto le era posible y volvía sus ojos hacia Beltran.

El esclavo la miraba á su vez de una manera extraña.

Y ambos siempre en silencio, pero siempre fijos el uno en el otro como si hubiesen establecido entre sus ojos una corriente magnética, dulce y misteriosa, cruzaban lagos y montes y arboledas hasta tocar la orilla de los mares.

Una vez allí, Ludovina descendía de su caballo y daba las riendas á Beltran.

Beltranataba aquellas al tronco de un árbol y se sentaba á su sombra.

Ludovina subía entonces á una roca tornasolada por las luces del crepúsculo y á cuyo pie morían las revueltas espumas del Atlántico; reclinaba su hermosa cabeza en su brazo y éste sobre la cúspide del inmóvil coloso que la sostenía; interin sus lánguidos y adormecidos ojos, fijábanse ya en el sonrosado horizonte, ya en la inmensidad de los cielos, ya en la noble figura del esclavo.

Este á su vez parecía estremecerse ante el fuego de aquellas miradas poderosas, y oprimíase con ambas manos el corazón que pugnaba por salirse del pecho.

A esas horas de encanto, de misterio y de melancolía en que el sol desaparece y el Occidente se cubre de flotantes nubecillas y los pájaros callan en el bosque, y el murmullo del mar se hace mas claro, ambos se sentían embriagados, transportados y víctimas de un parasismo inesplicable.

Mas de una vez sorprendió Beltran una lágrima en los amorosos ojos de Ludovina.

Y mas de una vez sorprendió Ludovina una lágrima en los chispeantes ojos de Beltran.

—¿Lloras? díjole la criolla con dulzura.

—Sí, contestó el esclavo.

—¿Por qué?

Y el esclavo guardó silencio.

Sin embargo, sus ojos parecían contestarle: «porque te amo y no soy libre para hacerte feliz.»

Y los de Ludovina le decían: «véte, pero no me olvides; eres bueno, me amas y Dios no te abandonará.»

Cuando las sombras de la noche habían tendido su manto sobre la selva, Ludovina tornaba á su casa y Beltran marchaba á su lado.

La luna, único testigo de sus dolores, extendía sus rayos pálidos sobre los árboles, prestándoles un aspecto fantástico.

De vez en cuando iluminaba con su plateada luz el pálido rostro de la criolla.

Y entonces un profundo suspiro partía del corazón del esclavo y se perdía entre las impalpables alas de la brisa.

Una noche serena, misteriosa y apacible, como son casi siempre en aquellos parajes solitarios, dos sombras dibujáronse bajo la copa de un tilo.

De allí á poco un tristísimo «adios» resonó en el fondo de la selva, y una figura aérea, blanca y fantástica como la personificación de un sueño misterioso, adelantó hacia la casa de Ludovina interin la otra se perdía entre el ramaje de los cedros, de los mangós y de las palmeras.

Era Beltran.

Beltran caminaba aceleradamente hacia la orilla del mar. Beltran no cesaba de volver sus ojos arrasados en lágrimas hacia el hogar de sus amos.

Iba á esponder su vida por su redención... ¿pero qué le importaba aquella si el amor de

Ludovina era su alma, su esperanza, su porvenir?

Al pensar que podía ser libre, que podía hacerse rico con su trabajo; que podría llegar ocasion en que sus ilusiones se convirtieran en realidades, Beltran suspiraba, se estremecía, y el presentimiento de su felicidad embargaba su espíritu y enagenaba su corazón.

Beltran era fiel, era bueno, era generoso; y el haber dejado á su amo, á sus compañeros de infortunio, la idea de separarse de Ludovina, anublaron mas de una vez durante su marcha las esperanzas que concebía.

Pero Ludovina le había dicho: fúgate, y Beltran se fugaba.

Apenas llegó á la roca donde tantas veces había reclinado Ludovina su perfumada cabeza, el esclavo subió á su cúspide, posó sus labios trémulos sobre la helada piedra, rególa con una lágrima de fuego, y alzó sus ojos al sereno espacio como si le pidiese fuerzas para llegar felizmente al término de su evasión.

Ya se disponía á abandonar aquel monumento de sus recuerdos cuando una llamada cárdena é instantánea iluminó el bosque de una manera fatídica terminando con una fuerte detonación.

Beltran lanzó un grito desgarrador; oprimióse el costado con ambas manos, y como rueda un peñasco por la rapidísima pendiente de un abismo, cayó exánime y sin aliento desde la cúspide de la roca al fondo de los mares.

II.

A la alborada siguiente, Ludovina, en cuyo semblante se revelaba el mas profundo sentimiento, dirigióse con paso rápido hacia las habitaciones que comunicaban con los jardines.

Su mirada era vaga, incierta, febril...

Apenas pudo tenderle sobre aquella ondulosa superficie de abetos mansamente columpiados por el soplo de los vientos, dos lágrimas se desprendieron de sus ojos, y un entrecortado suspiro se escapó de sus labios trémulos y comprimidos.

En sus miradas, en sus ademanes, en su silencio mismo, parecía preguntarle á las flores que la mandaban sus perfumes, á la brisa que refrescaba sus sienes, á aquellos corpulentos árboles, testigos mudos de su dolor y de sus amores, dónde estaba Beltran.

Y sin embargo, ni las flores ni el viento ni los árboles contestaban á sus quejas.

Solo el tristísimo canto de una oropéndola que se columpiaba bajo las ramas de un tilo, llegaba hasta ella como un eco de muerte.

Ludovina sintió que toda la sangre de sus venas fluía á su corazón agitado por la duda y los presentimientos.

Entonces quiso retirarse, pero la faltaron las fuerzas y continuó pensativa.

Hay recuerdos que matan, y que sin embargo, aunque constituyen la muerte de nuestra vida, son la vida de nuestra muerte.

Y tal era el que constantemente surgía en la imaginación de Ludovina.

Y este recuerdo, que era el primer eslabon de la cadena de su pasado, la absorbía por completo.

La roca en donde se había reclinado tantas veces; la arena que había removido el ferrado casco de su corcel; el embalsamado viento que había recogido sus suspiros; la magnífica armonía de los mares; todo seria en adelante un nuevo torcedor de sus dolores, porque ya no contemplaba á Beltran.

Y sin embargo, el dolor que experimentaba su alma, era un dolor dulce, grande, deseado porque su esclavo era libre.

Cuando acariciaba este pensamiento que por tantos días había sido su mas risueña esperanza, su mas dorado sueño, turbóla un ligero ruido, y Ludovina volvió instintivamente la cabeza.

Era su padre...

—¿Sabes lo que hay? díjole cautelosamente.

—No, padre mio; contestó la criolla con dulzura.

—Nuestro mejor esclavo ha querido fugarse, pero le he matado como á un tigre. ¡Pobre Beltran!

—¡¡Beltran!! exclamó Ludovina con espanto:

—En la roca del Atlántico, hija mia.

Ludovina lanzó un grito de horror, y cayó desvanecida sobre el pavimento.

III.

A la luz de la luna que prestaba una sinistra claridad á la dormida selva,

«y en un caballo con la crin tendida la cola suelta y vagorosa al viento, y la abierta nariz de fuego henchida;»

Veíase una figura blanca y vaporosa que, golpeando y espoleando al generoso bruto, saltaba, corría, volaba y desaparecía por entre filas de gigantes, y aparecía de nuevo al través de los lagos y de los montes, y de las asperezas, sin darse tregua ni descanso. Cualquiera hubiera creído que era el rey de los vientos cabalgando sobre la tempestad ó el genio de los bosques, llevado en alas de un monstruo pavoroso, ó una vision fantástica y aterradora, que suelta en rizos la negra cabellera, y lanzando llamaradas de fuego se precipitaba por aquellas selvas lóbregas y solitarias, y se disponía á salvar en su rapidísima carrera la extensión de los mares y la profundidad de los abismos. Y aquel poderoso corcel, desafiando los huracanes, apenas dejaba escuchar el eco de sus pisadas, ni el continuo y jadeante ruido de su respiración, como si comprendiera en las ayudas de su ginele el lugar á que se encaminaba, y el inminente riesgo que uno y otro corrían.

Apenas llegaron á la roca que el padre de Ludovina llamaba del Atlántico, el valeroso animal dejó resbalar sus manos sobre la arena y se detuvo con inconcebible rapidez.

El ginele cruzó sus manos sobre el pecho, alzó al espacio sus ojos humedecidos por el llanto, y despues miró en todas direcciones como si temiese verse alevosamente sorprendido.

En el mismo instante un eco misterioso que le hizo estremecer pareció salir de las cavidades de la roca.

A los pocos instantes, una figura que parecía brotar de la arena, dibujóse confusamente en la superficie de la terrible mole de granito.

La luna arrojó sus trémulos rayos sobre aquel paraje solitario, iluminando el pálido semblante del ginele.

Y el ginele era Ludovina.

Ludovina quería regar con sus lágrimas el árbol donde tantas veces había contemplado al esclavo; quería abstraerse en un mundo de amorosos recuerdos; quería arranar de su pensamiento la idea que como un fantasma la acosaba, de que su mismo padre era el asesino del ser por quien ella hubiese dado toda una vida llena de ilusiones; toda una eternidad sembrada de castos y misteriosos placeres.

Si al escuchar el eco salido de la roca, un estremecimiento convulsivo había agitado sus delicados miembros, un grito que pretendió ahogar en su garganta, perdióse en la inmensidad de los espacios, al contemplar la figura que se arrastraba á sus pies.

Ludovina se arrojó del caballo con extraordinaria velocidad, y se dirigió hacia aquella.

La figura avanzó lentamente hasta estrechar la mano de la criolla.

Y ambos permanecieron en silencio.

Pero sus ojos, sus sonrisas y la espresion de sus semblantes, decía cuanto callaban sus labios, temerosos acaso de que sus palabras no fuesen tan elocuentes como el sentimiento que embargaba sus corazones.

Y entre tanto Ludovina lloraba.

Y aquel ser ó aquella fantasma misteriosa que se arrastraba á sus plantas, lloraba también.

Pasados los primeros momentos de estupor, el aparecido dirigió su vista hacia la gigantesca roca del Atlántico y encaminándose á ella, indicó á la preciosa niña que no le abandonase.

Y Ludovina siguió sus pasos hasta que ambos se desvanecieron en la sombra.

Cuatro horas después repitióse nuevamente en la selva la aparición del poderoso corcel que atravesó por entre aquella inmensidad de árboles hasta llegar á la casa blanca.

Y todas las noches y á la misma hora, volviéronse á escuchar sus pisadas y á dibujarse la figura de su ginete sobre la superficie de los dormidos lagos; y todas las noches distinguíanse á la luz de la luna el flotante ropaje de Ludovina que se acercaba á la roca, y el ser que abandonaba para visitarla, aquella tumba selvática sobre cuyas paredes se estrellaban las rugientes olas del Océano.

Y pasaron días.

Y el rostro de la criolla apareció sereno, como el horizonte al espirar una risueña noche del estío.

Y sus labios no volvieron á pronunciar el nombre de Beltran.

(Se continuará.)

FRANCISCO DE P. ENTRALA.

MONUMENTOS.

MEZQUITA DE SOLIMAN EL MAGNÍFICO.

La mezquita de Soliman el Magnífico se terminó el 16 de agosto de 1556. El historiador Ewlia dice que costó 760,000 ducados, lo cual parece poco hoy si se considera la magnificencia de este monumento digno rival de Aia-Sofía.

Esta mezquita se compone de tres cuadrados contiguos: el vestíbulo, la sepultura y el santuario. El primero se llama *harem*, en la lengua mística del islamismo, y esta palabra que

naves en las que hay aparadores donde los viajeros depositan sus alhajas, su oro y equipajes, depósito siempre inviolable y sagrado puesto que se halla bajo la salvaguardia de Dios. El



Sepuleros antiguos.



Mezquita de Soliman el Magnífico.

tabernáculo llamado *mihrab*, que es de mármol blanco y está adornado de ricas esculturas, contiene un ejemplar del libro santo. A los lados del altar se elevan dos candelabros gigantescos de bronce dorado, que sostienen

enormes cirios encendidos durante las siete noches santas. Los vidrios adornados de flores pintadas ó de letras que componen el nombre de Dios, son obra del célebre artista en vidrios de colores conocido con el nombre de *Sarkhosk-*

Ibrahim. Alrededor de la mezquita hay vario establecimientos: una escuela primaria; cuatro academias; una tribuna para la lectura del Koran; una escuela de medicina; un *imaset* ó cocina para los pobres; una hostería gratuita



GALERIA DE LOS EMPERADORES DE ROMA.—Heliogábalo, Alejandro, Maximino, Pupiano, Balbino, Gordiano.

para los viajeros insolventes: una biblioteca; un estanque para las fuentes vecinas; un hospicio para los extranjeros y una sala de baños. Hemos descrito minuciosamente esta mezquita para dar una idea de dichos edificios, que en proporciones mas ó menos grandes se asemejan todos y parecen haberse asociado para dar lo que se debe á Dios y á los hombres, la piedad y la caridad. Vemos, pues, que Mahomet conocia á fondo el Evangelio.

El gran Soliman hizo construir otras seis

mezquitas, pero solo ésta lleva su nombre. El shah de Persia, Mahomet, hijo de Thamasp, envió una carta á Soliman para felicitarle por la conclusion de la magnífica mezquita. El *diario* que ha dejado Soliman contiene una preciosísima carta dirigida por la favorita del shah de Persia á la sultana Kassek, siempre á propósito de la mezquita. Tenemos el gusto de poder citarla porque es una obra maestra de la poesía oriental: «Que las mas brillantes joyas y mas dulces alabanzas que se elevan de

los coros celestes, pronunciadas por los labios de los ángeles, y que las fervientes oraciones, agradables al oído de Dios, os sean ofrecidas á vos, pura como María, la gloria de las mujeres, por la fuerza é imagen de los querubines. Nosotros os felicitamos por la construcción de la magnífica mezquita de Soliman; el Koran bendice á los que erigen templos al Señor y descansan en él.»

Hemos registrado todas las mezquitas de Constantinopla, de Galata, de Scutari, de Eyub,



Probo, Caro, Numeriano, Carino, Diocleciano y Maximiano.

de Topkhane, de Beschiktasch, de Haider-Bajá y de todos los pueblos inmediatos á estas localidades, y somos los primeros en consignar resultados bastante curiosos é inesperados. En ninguno otro país del mundo, los grandes, y el pueblo sobre todo, han hecho tan considerables sacrificios por su religion é instruccion pública.

Constantinopla posee 500 mezquitas; los arrabales y pueblos que se encuentran tanto en la costa de Asia como en la costa europea, cuentan con 377; total 877 mezquitas, que vienen á ser todas del mismo estilo, pero de diferentes tamaños.

Las mas considerables han sido edificadas por los sultanes, los visires y los altos dignatarios; pero en nuestras investigaciones, hemos descubierto otros fundadores que por su prodigalidad religiosa humillan nuestra civilización.

BROUGHTON Y MERY.

DELIRIO.

I.

Te ví y soñé.
Eras la síntesis del espiritualismo; la idealidad del amor.

Por eso te admiré.

Tu rostro pálido como el crepúsculo de la mañana; tus ojos adormidos; tus labios sonrosados, hicieron temblar mi corazón.

Te comparé al ángel de la melancolía y teamé. Hubiera querido ser ave para cantarte; flor para recrear tus sentidos; aura para besar tus labios...

Humilde trovador, solo pude adorarte.

II.

Yo soñaba arrullado por deliciosos ensueños de ventura.

¡Pobre loco! deliraba...
¡Es tan dulce delirar! ¡Es tan dulce fingir
esos sueños de oro que halagan el espíritu!
El sueño deleita y martiriza. Deleita porque
es la verdad de nuestros deseos. Martiriza por
ser fantasma que se desvanece.

Mis ojos veían una mujer hermosa, como el
primer suspiro de amor.

Sus cabellos, que vertían grato perfume,
acariciaban sus mejillas, puras y blancas.
Su boca entreabierta sonreía encantadora. Su
voz y sus movimientos eran graciosos y lán-
guidos.

III.

El ángel de mi sueño murmuró frases que
embriagaron mi pecho. Sus palabras derrama-
ban en mi alma célica ventura, y fascinado
por un poder irresistible oprimí su talle; y
besé su frente y sus cabellos; y nuestros labios
se chocaron; y al chocarse, una dulce langui-
dez se apoderó de mis sentidos.

Sin embargo, aquel beso no era la llama
del deseo; no era el néctar del festín que em-
briaga y enloquece; era, por el contrario, la
expresión genuina de un amor puro que divi-
nizaba ante mis ojos á la mujer que tenía en
mis brazos; era la condensación de dos almas
en un rayo de luz celestial; la armonía subli-
me que no podían expresar nuestras palabras
ni nuestros pensamientos; el infinito de la
gloria...

Aquel beso hizo nacer en mí el amor del
alma.

IV.

Adorada... tu recuerdo vive en mi co-
razón; tu imagen en mi pensamiento.

Errante peregrino, cruzo las sendas de la
vida, y una luz de vívidos reflejos alumbró
mi existencia. ¡La esperanza! Eterna ilusión
vestida de brillantes oropeles... Dulce mentira
que sonríe al hombre, y el hombre adora por
ser mentira.

V.

La flor de los amores vigoriza mi árida in-
teligencia.

¡Pobre flor! ¿por qué te presentas á mi
vista mística, deshojada y sin perfume tu co-
rola? ¡Cuántas lágrimas vierten mis ojos al
recordar tu pasada hermosura!

Mas ¡ay! acaso algún día broten risueños
tus pétalos suaves, y te ostentes ufana sobre
el tallo que hoy se doblega á impulsos del hu-
racan.

VI.

¡Qué rápidas corren las horas de mi vida!
Y en tanto, un pensamiento ocupa mi espí-
ritu.

Tú sola, ángel querido.

La esperanza de alcanzar tu amor alivia
mis pesares.

¿Se realizarán mis ilusiones? ¿Tocaré la
verdad de los fantasmas que acarician mis
sueños?

No me arrulleis mentidos goces.

Dejadme gozar: dejad que brille serena la
estrella de mi esperanza.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

IMPRESIONES

SOBRE UN PAISAJE DE LA ALPUJARRA.

A mi querido amigo don Miguel Sanchez Caro.

Un cerro aquí y un tajo... allá un torrente
que arrastra rocas y árboles en pos...
juncos abajo y mies, yuntas y gente...
arriba robles, nubes, sol ardiente...

y mas arriba Dios.

¡Fiebre divina! la que al bardo inquieta,
cuando Dios de su frente algo le dá;
lumbre de un sol que al genio se sujeta,

ven... ¡ay! no soy poeta; mas poeta
aquí seré quizá.

¡Acude inspiración!... Ya en mi sien brillas
postrando falsos mitos á mis pies:
mitos no invoco hincado de rodillas;
contemplo aquí de Dios las maravillas,
y Dios mi númen es.

¡Profana inspiración!... afuera ponte,
afuera, porque está el Señor aquí:
yo adoro en el altar de escelsa monte
al solo Ser que llena el horizonte...

¡Señor, yo creo en tí!

¡Cuán bellos los contrastes de natura
son, rústicos y todo como son!
y escuchando la voz que aquí murmura,
¡cuán dulce es la plegaria, fiel y pura
que exhala el corazón!...

¡Dios! dice aquí el peñasco en su habla muda;
¡Dios! la flor dice, espléndida ó ruin,
¡Dios! va diciendo el agua, mansa ó ruda;
y el árbol, como el ave, á Dios saluda
diciendo ¡Dios! sin fin.

Yo te confieso ¡oh Dios! yo tu ser canto
hablando aquí contigo, sien á sien:
entre tanta grandeza y primor tanto
vaga el primer aliento, el eco santo
del ¡Fiat! del eden.

Miré yo el astro en que se enciende el día,
y en él solo ví un brillo de arrebol;
ahora lo mira absorta el alma mía,
viendo en reflejos mil como varía
aquí su lumbre el sol.

Allí miro el color de lo pasado,
recuerdos tristes que en el alma están;
miro el de lo presente en este lado;
allá el de lo futuro, algo velado,
porque es color de afán.

¡El color del pasado!... que es la historia
de una estrella benéfica ó cruel:
hasta la pesca es bella en la memoria...
y aquí está su color... y el de la gloria:
abrojos y laurel.

¡El color del presente!... claro, umbrío,
según para mirarlo es el cristal:
el cristal es el alma, el alma un río,
cual ese que da perlas, ó un rocío
de llanto á cada cual.

¡El color del futuro!... eso que lanza
por el espacio el alma hecha vapor;
ese amor reflejado en lontananza,
que es la vida, es el hombre, es... la esperanza,
está en aquel color.

Por mas ¡ay! que el dolor la alma taladre,
hubo un tiempo en que el hombre fue feliz.
¿No es la inocencia de la dicha madre?
Pues un lirio allí veo... y un baladre
que amarga su raíz.

Aquí sobre esta rama en que aura gime,
tórtola humilde entona su canción;
y allá bajo aquel risco, allá se oprime
sierpe soberbia. Y silba ¡eco sublime!
del hombre maldición.

El árbol éste en fruto se desgaja,
ni savia ni hojas da el espino aquel;
sobre roca esta vid de agraz se cuaja,
y en el cóncavo aquel que hace una laja
hay un panal de miel.

Atado á un hilo solo en esta cumbre
vibra para caer fiero peñón...
¡Ay! ¡cuál rodara abajo haciendo lumbre
y despojos de horror su pesadumbre!

¡Empujalo aquilon!

Y en el río otra roca, como un roble
se arraiga, sin dar nunca ni un vaiven:
y estará, como estuvo, siempre inmóvil,
aunque lo empuje el agua y fuerza doble
del huracán también.

Por sus grietas y rajadas y redores
salta el agua y despénase fugaz;
y en sus perlas y chispas y vapores
la luz se descompone en los colores
del iris, que es la paz.

Yo amé y soñé delirios de rizada
espuma en torbellinos de primor:
miro espuma... natura enamorada
sueña, sueña también: esa cascada...
su delirio es de amor.

Ya no amo yo: no sé cómo se ama,
cuando el amor se vende y compra y...

¡Bien va! Bella es la nieve, cual la flama;
la rama verde, cual la seca rama...
y arena miro allí.

Y acá la rama sucia bajo el cieno
goza su amor, amor de lodazal;
y allá el águila—reina su sereno
vuelo altísimo, amor que no es terreno
sube á lo celestial.

Y aquí esconde entre tamaras su planta
del labriego el tugurio en sencillez;
del labriego que en paz vive y la canta,
sin envidiar palacios que abriga
el sol de la altivez.

Y allá se alza la torre del cristiano
como un canto perpétuo de oración,
como el saludo de un amor lejano,
cual de una madre la elevada mano
que da su bendición.

Y corona la torre el panorama,
pues falta, á no, un color: el de la fé.
Un templo es árbol que elevó una rama
arriba arriba... y en ella ave que clama
diciendo ¡Creel! ¡creel! ¡creel!

Me gusta estar aquí, de libre viento
con rálagas ceñido y con azul;
sobre lo azul y el aire el pensamiento,
y el pie en los riscos, do rasgarse siento
de algo velado el tul.

Cerros, barrancos, pueblo y todo lleno
con voz que repercute el viento... ¡Oh!
¿Cómo será el fragor en este seno,
cuando Dios diga al rayo en voz de trueno:
¡Rompe!... ¡lo mando yo!

Corra de nubes el plumizo manto,
ciérrese el cielo en ruda tempestad,
rompa el rayo y el trueno y... No me espanto:
yo quiero oír la voz del Santo Santo
en esa magestad.

Me gusta estar aquí, donde los ojos
giran con gusto ardiendo en frenesí,
donde puedo rodar entre despojos
de riscos, flores, árboles, abrojos...
¡Me gusta estar aquí!

Aquí siento mas firme el fiel latido
en este pecho roto golpear;
pues desde aquí midiendo como mi lo
abismos y horizontes, hasta olvido
que hijo soy del azar.

Aquí no muere súbito de anhelo
el suspiro que vibra en mi laud:
el suspiro reposa aquí su vuelo,
vaga, cunde... y despues, ave del cielo,
vive en la escelsitud.

Un suspiro es el alma á quien abruma
tosco barro que no puede subir;
alma cuya plegaria á Dios perfuma,
alma que sube cual pintada pluma
de nieve, oro y zafir.

Montes que dais malezas como flores,
¿quién los primores que ostentáis os dá?
Risas, lágrimas, himnos, miel, olores...
¿Quién os presta, decid, tantos primores!
—El que es, fue y será.—

Y esos que visten de color de orgullo
como en tinieblas puntas de tizon,
esos que tienen voz de fiero aullo
é incienso de lisonja al vil arrullo,
que son—Miseria son.—

Poned la planta en el besado trono,
la frente erguida con lustre de oropel,
mandad á esos reptiles con entono...
Miseria sois... miseria que amontono
y es aquí mi escabel.

Un cerro aquí y un tajo... allá un torrente
que arrastra rocas y árboles en pos...
juncos abajo y mies, yuntas y gente...
arriba robles, nubes, sol ardiente...
y mas arriba Dios.

CÉCILIO NAVARRO.

EL ÚLTIMO DÍA DEL AÑO.

FANTASÍA.

I.

El sueño es el bálsamo del dolor...
He querido dormir, y en vano mis ojos han
pugnado por cerrarse dulcemente.

En vano mi inteligencia ha querido sumergirse en ese inmenso piélago donde se olvidan por algunas horas nuestros recuerdos de placer, nuestras agonías de sufrimientos.

Ven, ven sueño consolador...

II.

Es de noche y sus tinieblas misteriosas inundan mi espíritu de melancolía.

Negra cual los recuerdos del dolor, se presenta á mis ojos como el velo fúnebre de la vida.

Sombría como los pesares de mi alma, es á mi vista la antítesis de la existencia...

Dulce remedo del no ser, toca mis sienes con tu indescriptible beleño, é inunda de paz mi corazón emponzoñado.

Cierra mis ojos, y no aumentes con tu lenta agonía las largas horas de mi infortunio.

Posa tu mano consoladora sobre mi acalorada inteligencia.

Haz huir de mi cerebro esos quiméricos conjuros de caprichosas formas que cruzan y atormentan sin cesar mi acalorada fantasía.

Pasad aéreas visiones, que envueltas en vuestros virginales velos, me brindais impúdicos amores.

¡Me haceis tanto daño!

Mi mano ha profanado vuestros blancos cendales, y solo ha encontrado inmundo cieno.

Mi aliento ha querido beber en vuestro aliento el aura celestial de los ángeles, y solo halló mortífera cicuta.

Mi inteligencia creyó adormirse en el balsámico ambiente del paraíso, y despertó fatigada por el hastío.

¡Huid, caprichosos fantasmas, abortos de un cerebro calenturiento!...

III.

¿Qué me anuncian los misteriosos rayos de esa moribunda luz?

¿Qué esas bóvedas enlutadas, en cuyos tapices, negros como el dolor, dibuja el miedo horribles vértigos que parodian el triste cuadro de la muerte?...

¿Qué esa lámpara funeraria que proyecta sucesivamente luz y sombra sobre un féretro enlutado, solo, abandonado por el mundo de los vivos?...

¿Es la mansión de la muerte?...

Nadie hay...

Los seres de la viviente sociedad dejan oír á intervalos los ecos de alegría de un festín...

¡Han creído cumplida su misión después de cerrar los ojos á los frios despojos de la muerte!...

¡Perecedero legado que el mundo de los muertos deja con sarcástica sonrisa al mundo de los vivos!...

Mis crispadas manos han desgarrado el velo cinerario, profanando quizá el eterno sueño de un cadáver...

Son los últimos restos de una persona querida...

¡Ah!

¿Quién sabe si tras esa térrea palidez hay un nuevo ser ideal que vela por mí?...

¿Quién sabe si tras de esos apagados ojos existen otros que me contemplan con ternura?...

¿Quién sabe si tras esa masa inerte se eleva el ángel de la redención?...

Perdon si mi inteligencia desvaría...

Una agotada copa del festín ha venido á rodar por el frío pavimento, y ha manchado con su última gota mis prosternadas rodillas...

¡Inbéciles!...

Si hay algún lazo que una mas íntimamente al ser con el no ser, al mundo real con el mundo fantástico, á la muerte con la vida; es la oración.

Oré...

¡Espíritu consolador, bendito seas!...

IV.

Un sonido lento, pausado, imponente, ha venido á aterrarme como la sombra de Macbeth á los convidados del festín.

Es el sonido de una campana.

A su vibración acompasada, se han despertado conmovidas las adormidas fibras de mi corazón.

¿Es la voz de la muerte?...

¿Es la voz del Señor, que llama á juicio?...

No.

Es la voz del tiempo, que ha vertido en el espacio un nuevo grano de arena...

Es el timbre de un reloj que ha repetido doce veces un mismo sonido...

Es una larga serie de ilusiones perdidas: otra de desengaños ganada...

Ha concluido el año.

La marcha de la eternidad ha marcado un nuevo paso en el camino de mi vida.

FABIO DE LA RADA Y DELGADO.

CANTARES.

I.

Raro es el ser que en su vida
Mal de amores no ha sufrido,
Que el amor es la epidemia
Mayor que se ha conocido.

II.

Celos tiene quien bien ama,
Dice un poeta español;
Y yo digo: amar, entonces,
Es el tormento mayor.

III.

Dios formó, niña, tu rostro
Con perfección singular;
Pero el trabajo del alma
Lo encomendó á Satanás.

IV.

Dicen que la dulzura
Hija es del cielo:
Niña, al venir al mundo
¿Viste el infierno?

V.

Niña, con el amor juegas:
Sigues hiriendo corazones;
Pero cuida de que al tuyo,
Desvíos no lo destrocen.

VI.

Tu amor es mi anhelo,
Mi ensueño, mi dicha...
¡Mal haya mil veces
Quien tanto me quita!

VII.

Niña, no tanto rigor
Con quien ama tu beldad;
Que si me niegas tu amor,
Me niegas la caridad.

VIII.

De tus ojos de estrellas,
Niña del alma,
Quiero... que me dirijan
Una mirada!

IX.

Cifré en Apolo mi dicha
Y esta se la llevó el viento;
Pues al flecharme Cupido,
Me quitó el entendimiento.

X.

¿Ves niña al sol cómo dora
Los cristales de tu estancia?
Pues así cuando me miras
Siento iluminada el alma.

XI.

¡Te ausentas, niña, y me dejas!
No me abandones, hermosa;
Que en el verjel de mis dichas,
Reinas tú... que eres la rosa.

XII.

Las mujeres son golfos,
Los hombres naves;
Que en ellos no penetran
Sin que naufraguen.

JOAQUIN VALVERDE Y DURAN.

LA DEUDA OLVIDADA.

ANÉCDOTA CONTEMPORÁNEA.

Pocos años há que vivía en Madrid un castellano viejo que, siendo aun mozo y con regular salud, carecía del bien que mas general y seguramente disfrutaban los pobres, un sueño tranquilo.

Alfonso Zamora dormía siempre mal; tardaba en visitar sus ojos el apetecido descanso, despertábase pronto, y le atormentaba durante el sueño una pesadilla importuna. Tenía deudas Alfonso; le faltaban medios para pagarlas, y esta idea le perseguía en términos de no permitirle reposar ni una sola noche con sueño apacible y seguido.

Verse libre de deudas, pagar lo que debía, era el único deseo de Alfonso, la sola ventura que ambicionaba. «¿Cuán feliz seré (decía á cada paso) desde el instante en que no tenga acreedor á quien satisfacer! ¡Qué bien dormiré la noche que me acueste sin deudas!»

No eran muchas ni grandes las que desvelaban al pobre Alfonso; mas para el pobre no hay deuda chica: deber mucho y roncarse á pierna tendida, es un privilegio que solamente disfrutaban los deudores ricos. Alguno de ellos ha dicho con sobrada razón que no debe pasar inquietud el deudor que no paga, sino el acreedor que no cobra.

Ignorando Alfonso tan cómoda máxima, se afanaba de día para cumplir sus obligaciones, y acongojábanse entre la sombra nocturna, considerando que no se le lograba dejarlas cumplidas.

Los apuros de Alfonso provenían de tres causas diferentes y análogas: desgracia, vanidad y debilidad de carácter. Esta última resume las otras: la vanidad es una flaqueza; el débil siempre suele ser desgraciado.

Padebió Alfonso una grave dolencia, durante la cual consumió sus limitados recursos y se empeñó.

Crecieron sus empeños con gastos que hizo, por no ser menos que algunos camaradas suyos, mas pudientes que él.

Perdió ocasiones de remediar sus necesidades, ya trabajando poco, ya dando lugar con su excesivo encogimiento á que le pagaran tarde, mal ó nunca.

Era, pues, nuestro Alfonso un hombre de bien, salvos algunos pecadillos de que pocos se escapan. Con deudas que trampear, ¿cómo le habian de faltar embustes de que avergonzarse? La deuda es madre de la mentira en su enlace bígamo con el deudor y el acreedor: aquel miente para probar que no puede satisfacer, y éste para manifestar que necesita lo suyo.

De otros dos pecadillos acusaba su conciencia al insomne Zamora; pero eran tales que á muchos lectores parecerán escrúpulos necios.

Hay en cierta parte montuosa de España unas poblaciones pequeñas, donde los vecinos dan de comer por semanas á tres oficiales públicos de la villa, que son un mastín, un pastor y el maestro de escuela. El mantenimiento del primer servidor de aquellas repúblicas, el perro para la custodia de los ganados, se determina sin objeciones en el concejo; en lo que se ha de suministrar al pastor, ya se buscan ahorros; el ajuste del maestro de niños ofrece siempre dificultades: no se repara en libra de pan mas ó menos para el mastín; para el instructor de la infancia todo parece mucho. Así, cuando vaca una de estas escuelas, que se conocen con el nombre de *incompletas*, á falta de otro mas espresivo, el pretendiente



HISTORIA NATURAL.—El savacú.

que se contenta con menos (y regularmente suele ser el que menos vale) se lleva de seguro la plaza. Un candidato con mujer y con hijos quiso alzarse con una de estas codiciables prebendas á tiempo que Alfonso, recién emigrado del pueblo de su naturaleza, buscaba un modo de subsistir; la dotación de la escuela, además de la mesa, se extendía á unas cuantas medidas de frutos, cantidad insuficiente para alimentar á la familia del primer aspirante; Alfonso ofreció servir el cargo con una rebaja de tres fanegas; y el maestro mas exigente fue pospuesto al mas comedido, segun convenia á los intereses del pueblo. Alfonso confesaba despues haber hecho dos males con tan infeliz competencia: uno al maestro y otro á los niños, porque el derrotado competidor era mas á propósito para la enseñanza.

Moraba en aquel pueblo una jovencita de catorce ańriles, llamada Rosa, fresca y linda como la flor de su nombre, hija de una viuda verde, y aun ágría, madre severa, mujerona fornida. Pretendió á la madre un viejo rico de aquellos contornos; y la honrada dueña, mirando por su hija primero que por sí, propuso al novio que dirigiera sus pretensiones á Rosa, que, ya casadera, tal vez no hallaria nunca partido tan bueno. Convino sin hacerse rogar el anciano; y la madre, omitiendo preámbulos, mandó á la niña prevenirse para la boda, poniendo buena cara al novio, so pena de recibir alguna advertencia desapacible. Mas el caso era que Alfonso, quien como otro Abelardo enseñaba á escribir á la montañesa Eloisa, habia dado en mirar, con mas curiosidad que debiera, el hermoso perfil que presentaba su discípula con la pluma en la mano, su torneado cuello, su moño abultado, donde se recogia en repetidos dobleces una larga y pobladísima trenza; y de ver y contemplar devotamente la perfilada imágen, habia posado á escribir para Rosa unas gallardas muestrás de carácter cursivo, cuyo testo no se hallaba en

ninguna de las colecciones aproadas para uso de las escuelas; y escritas, habíaselas entregado á Rosita en secreto, y ella las guardaba no con menos cuidado. Supo el maestro por la contristada alumna el desigual consorcio que proponian; cogieron las vueltas á la viuda, pues, aunque nacía lerda, no podia estar en todas partes á un tiempo; se hablaron, se juraron fe eterna; y Rosa, á pesar de no haber en su vida ni imaginado siquiera desobedecer á su madre, prometió calabazas al novio machucho, y cumplió su palabra al pie de la letra.

Tal habia sido la segunda picardigüela de Alfonso, la cual produjo inmediatamente resultados funestos. Al otro día de haber declarado Rosita á su madre que se consideraba sobrado niña para contraer matrimonio, salia del pueblo la infeliz, aun con estrellas, encendidos los ojos y las mejillas, tapándose las con un pañuelo muy traído á la cara. Un deudo cercano la llevaba en un burro á servir fuera de la provincia.

(Se continuará.)

JUAN EUGENIO HARTCENBUSCH.

SEPULCROS ANTIGUOS.

El grabado adjunto representa un monumento que existe cerca de las ruinas de la antigua Olerdola, en Cataluña junto á Villafranca del Panadés. No pocos arqueólogos y artistas de bastante reputacion, le han creido destinado á recibir los cadáveres de los primitivos pobladores de España. Sin embargo los mas de ellos han disentido en sus opiniones en vista de que no puede ser obra de los griegos, romanos, celtas ni fenicios, porque los unos quemaban sus cadáveres; porque los sepulcros de los otros tenian la forma de pequeñas cisternas, estando los cuerpos de los demás en posicion horizontal, siendo asi que el monumento en cuestion tiene una porcion de entallamientos con el hueco

de los brazos, piernas, etc. Esto no obstante, y aunque sin determinar la raza, sigue atribuyéndose por escritores distinguidos á los primitivos pobladores; juicio erróneo en nuestro humilde juicio, pues creemos que el origen de las ruinas que nos ocupan se remontan lo mas al siglo X ó XII de nuestros días.

HISTORIA NATURAL.

SAVACÚ.

Este género se halla constituido por una sola especie, al menos que se le adjunte otra que se dice descubierta por Mr. Gould en la costa occidental de Africa, que por su forma total, y particularmente por la de su pico y por sus costumbres no difiere del savacú. Aquel naturalista dió á su especie el nombre de *baleniceps rex*. El savacú moñudo habita en las sábanas sumergidas del Brasil y de la Guyana, posándose sobre los árboles á orillas de los rios para coger desde allí los peces, moluscos y cangrejos de que se alimenta. Es del tamaño de una gallina; su plumaje es blanquecino, la espalda gris ú oscura, el vientre rojo, la frente blanca, cubierta por un casquete negro, que en el macho se cambia en un largo moño.

EPÍGRAMA.

Un consonante á animal
Buscaba Juan Bernabé,
Cuando acertó á entrar Pascual
Y exclamó:—Ya le encontré.

P. F. REYMUÑO.

Por todo lo no firmado J. GASPÁR.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Geronimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.
En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.